

Tiempo, eternidad e historia en el pensamiento de San Agustín

Abelardo Bazó Canelón

Universidad Cecilio Acosta

Universidad Católica Andrés Bello

abelardo327@hotmail.com

RESUMEN:

San Agustín es uno de los pocos medievales que desarrollaron una filosofía y una teología de la historia desde una perspectiva antropológica, haciendo un especial hincapié en el presente, que es el aspecto más evidente del tiempo. La eternidad de Dios abarca todos los tiempos y actúa sobre ellos, porque es siempre *presente*. En este artículo estudiamos el tiempo y el presente en las *Confesiones*, y la relación entre tiempo y eternidad en *La Ciudad de Dios*. También estudiaremos la cuestión de cómo Dios dirige la historia con su Providencia. Concluimos con un apartado sobre el carácter histórico del hombre, a la luz de las reflexiones anteriores.

Palabras clave: Historia, presente, eternidad, Providencia.

Time, Eternity and History in Saint Augustine's Thought

ABSTRACT:

Saint Augustine is one of the few philosophers that develop a philosophy and a theology of history from an anthropological perspective, making a special stress in the present, which is the most evident aspect of time. God's eternity embraces all times, and it works in them, because eternity is always in the *present*. In this article we investigate: time and present in Augustin's *Confessions*, and the relationship between time and eternity in *The City of God*. We also investigate the question about how God guides the history with his Providence. In the end there is a section about the historical character of man, treated in the light of preceding reflections.

Key words: History, present, eternity, Providence.

1. Introducción

La historia es una disciplina compleja. Parte de su complejidad deviene del tipo de hechos que estudia. Estos no son sólo simples hechos acaecidos en un pasado próximo o lejano. Lo peculiar de esos hechos es que tienen la impronta propiamente humana que da la libertad. El hombre es un ser histórico porque es un ser libre, porque puede actuar de una manera o de otra, porque puede dar a la historia un rumbo determinado o dejar de darlo. De allí que la reflexión sobre la historia en sí misma considerada sea de capital importancia para poder afrontar los hechos históricos.

Por otra parte, el hombre es un ser histórico porque es un ser temporal, un ser que deviene, un ser que no se da todo de una vez, sino que de alguna manera se va haciendo con su actuar. El hombre es un ser inacabado que con las decisiones de su libre albedrío va construyendo su vida. La temporalidad del hombre tiene propiedades muy precisas, que deben ser desveladas para poder hacer una reflexión humana del tiempo.

Aristóteles decía en el libro IV de la *Física* que el tiempo es “la medida del movimiento según el antes y el después”¹. De acuerdo con esta noción, el tiempo es consecuencia del movimiento, del cambio, del devenir, de modo que el tiempo sólo afecta a los seres en movimiento. Por su parte, Agustín de Hipona (354-430) tiene en cuenta la relación entre tiempo y movimiento, pero da más peso a la interiorización del tiempo, de manera que para él el tiempo es sobre todo “medida”, fruto de la *percepción* del cambio. Es decir, hay un tiempo porque hay un alma que mide el movimiento, que lo distiende, que lo percibe. Este acento antropológico lleva a San Agustín a dar al tiempo un carácter muy personal, e incluso, pudiéramos decir, algo “subjetivo”. De allí su escepticismo a la hora de dar una definición de tiempo: “¿Qué es, pues, el tiempo? Si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicárselo al que me lo pregunta, no lo sé”². El tiempo tiene pues en San Agustín un carácter misterioso; y consiguientemente también la historia. La manera agustiniana de concebir el tiempo tiene mucho que ver con su visión teológica. De hecho, el tiempo es algo misterioso porque está dirigido por Dios, en lo que él llamará la providencia divina. A través de esta providencia, Dios dirige la historia hacia un fin.

1 Aristóteles: *Física* IV, 11, 219 b 1.

2 San Agustín: *Confesiones*, XI, 14, 17: Versión bilingüe latín-español, Madrid, BAC, 8ª edic., 1991.

Pero el concepto de providencia no es nuevo en Agustín. Ya los griegos habían hablado de la *pronoia*, indicando con ese término el conocimiento previo que los dioses tenían de los hechos futuros, y de su consecuente provisión. Sin embargo, la *pronoia* griega era más bien expresión de un fatalismo ciego del destino, mientras que la providencia agustiniana es una previsión amorosa, que dirige todos los acontecimientos históricos hacia el bien de los que aman a Dios. En la visión agustiniana, la eternidad divina, abarcando todos los tiempos, los dirige hacia la consumación total donde vencerá el amor.

El pensamiento de San Agustín constituyó un hito epocal en la filosofía de la historia, aunque más bien podríamos decir que sus reflexiones sobre la cuestión histórica hacen una "teología de la historia". Sus reflexiones son profundas y ayudan a dar un sentido trascendente a la historia humana. No haremos acá un estudio exhaustivo sobre el tiempo y la historia en las obras del Obispo de Hipona, sino tan sólo presentaremos los aspectos más resaltantes en sus obras, privilegiando aquellas donde la cuestión se aborda directamente: las *Confesiones* y *La Ciudad de Dios*. En la primera parte haremos un estudio del tiempo en las *Confesiones*. Luego pasaremos a estudiar la relación entre tiempo y eternidad en *La Ciudad de Dios*, donde se verán algunos aspectos sobre cómo Dios dirige la historia. Finalizaremos con un apartado sobre el carácter histórico del hombre, tomando impulso de las reflexiones hechas en los dos primeros puntos.

2. El tiempo del espíritu en las Confesiones

Las consideraciones agustinianas sobre el tiempo en las *Confesiones* recogen algunos aspectos presentes en Plotino (205-270), pensador egipcio radicado en Lycópolis. En la obra de Plotino se subraya un protagonismo del alma de la persona, de manera que el tiempo surge de la medida que del movimiento hace el alma (no hay tiempo sin alma que lo mida). Por su parte, el obispo de Hipona va más allá, y ofrece una visión antropológica y existencial particularmente original, que supera la óptica plotiniana. El tema viene incoado desde esta perspectiva antropológica ya en el libro X de las *Confesiones*, que prepara de algún modo la exposición del libro XI. El libro X remarca el aspecto de la vivencia humana del tiempo, dando una importancia fundamental a la memoria del pasado. En cambio, en el libro XI, sobre todo a partir del capítulo 13,

San Agustín destaca la superioridad de la eternidad divina sobre el tiempo natural. Para nuestro autor la eternidad de Dios sobrepasa los tiempos porque es siempre *presente*. En efecto, el presente es el aspecto más evidente del tiempo. Pero no sólo lo más evidente, sino también lo más perfecto, y por ello si se quiere aplicar a Dios un término temporal, este debería ser el presente. San Agustín da un especial acento a este aspecto del tiempo: el punto de referencia principal del tiempo es el presente. Veamos.

Cuando trata el tema del tiempo, Agustín plantea la famosa aporía del ser del tiempo, similar a la que traza Aristóteles en la *Física*³. En dicha aporía se declara incapaz de dar una definición del tiempo: sabrá qué es si no se lo preguntan, pero no sabrá explicarlo si se lo preguntan⁴. Pasa después a un tratamiento del tiempo como pasado, presente y futuro, concebido siempre desde la vivencia existencial, en la que se privilegia el presente actual. Allí se capta el presente como distensión entre pasado y futuro, y se privilegia su existencia, en contraposición con la del pasado y el futuro, que no poseen consistencia ontológica, pues el pasado ya fue, y el futuro todavía no es.

El libro X de las *Confesiones*, privilegiando el tiempo presente, se centra en el papel de la memoria como facultad del alma que capta el tiempo pasado, de modo que el pasado es como el presente que recuerda. En una especie de soliloquio, Agustín dice que a través de la memoria “me encuentro conmigo mismo y me acuerdo de mí y de lo que hice, y en qué tiempo y en qué lugar, y de qué modo y cómo estaba afectado cuando lo hacía”⁵. De este modo, a través de la memoria soy capaz de unir mi pasado personal con mi presente actual, porque la memoria siempre recuerda desde el presente. En este sentido, el alma desempeña fundamentalmente un papel de retención de los hechos del tiempo pasado a través de la memoria. Por eso, el olvido es aquello que sepulta lo que recordamos⁶.

3 Cfr. Aristóteles: *Física* IV, 10, 218 a 4-8.

4 Cfr. San Agustín: *Confesiones*, XI, 14, 17. Un comentario sintético sobre el tiempo en esta obra puede verse en: Javier Seoane Pinilla: “La historia y el tiempo en las Confesiones”, pp. 363-369, *Augustinus*, n° 37, 1992. Cfr. también: J. Chaix-Ruy: “Le problème du temps dans les Confessions et dans la Cité de Dieu”, pp. 464-475, *Giornale di Metafisica*, n° 9, Italia, 1954; Alessandro Ghisalberti: “Tempo ed eternità nel libro XI delle Confessioni”, pp. 185-192, en: AA.VV.: *As Confissões de Santo Agostinho. Actas do Congresso Internacional. 1600 anos depois: presença e atualidade*, Lisboa, Universidade Católica Editora, 2001; C. H. do C. Silva: “Coerências pensantes e aporias vividas da questão do tempo nas Confissões de Santo Agostinho”, pp. 243-254, en: Aa.Vv.: *As Confissões de Santo Agostinho*, Op. cit.

5 *Ibid.*, X, 8, 14.

6 *Ibid.*, X, 16, 25.

En el libro XI se aborda directamente el tema del tiempo, y se presenta su existencia como una aporía:

si nada pasase no habría tiempo pasado; y si nada sucediese, no habría tiempo futuro; y si nada existiese, no habría tiempo presente. Pero aquellos dos tiempos, pretérito y futuro, ¿cómo pueden ser, si el pretérito ya no es él y el futuro todavía no es? Y en cuanto al presente, si fuese siempre presente y no pasase a ser pretérito, ya no sería tiempo, sino eternidad. Si pues, el presente, para ser tiempo es necesario que pase a ser pretérito, ¿cómo decimos que existe éste, cuya causa o razón de ser está en dejar de ser, de tal modo que no podemos decir con verdad que existe el tiempo sino en cuanto tiende a no ser?⁷

La pregunta queda en suspenso, y no pretende ser resuelta. Pero en ella se palpa la intuición agustiniana que privilegia el tiempo presente, aun cuando en realidad parece que este no existe, y se inclina a ver al pasado y al futuro siempre desde la perspectiva del presente, de modo que el pasado y el futuro no son tales propiamente. Más bien se debería hablar del presente de las cosas pasadas, o del presente de las cosas futuras, como veremos más abajo.

San Agustín prosigue sus ideas destacando la captación personal del tiempo. Esta captación del tiempo se da esencialmente desde el presente, que se concibe como el instante que escapa de nosotros: "Si hay algo de tiempo que se pueda concebir como indivisible en partes, por pequeñísimas que éstas sean, sólo ese momento es el que debe decirse presente; el cual, sin embargo, vuela tan rápidamente del futuro al pasado, que no se detiene ni un instante siquiera. Porque, si se detuviese, podría dividirse en pretérito y futuro, y el presente no tiene espacio ninguno"⁸. El presente no tiene espacio, pero no podemos individualarlo, porque es el continuo fluir de la existencia. Para San Agustín el presente es lo más evidente del tiempo, es el presentarse a nosotros del tiempo. El instante siempre fluye y nunca se detiene. Pero Agustín se cuida de no abstraerlo y objetivarlo como si fuera una cosa, y en este sentido su intuición enriquece la visión aristotélica, que no se ocupó tanto del instante como *ahora* personal, sino que se quedó en el ámbito matemático y cosmológico.

7 *Ibid.*, XI, 14, 17.

8 *Ibid.*, XI, 15, 20.

Por otra parte, el obispo de Hipona expresa el papel sintético del alma, que une en un presente actual los tiempos pasados y futuros, a través de la memoria y la expectación: "Lo que ahora es claro y manifiesto es que no existen los pretéritos ni los futuros, ni se puede decir con propiedad que son tres los tiempos: pretérito, presente y futuro; sino que tal vez sería más propio decir que los tiempos son tres: presente de las cosas pasadas, presente de las cosas presentes y presente de las futuras"⁹. Esto es así porque si hablamos con propiedad el pasado no existe, y el futuro tampoco. Podemos decir que el tiempo es pasado y futuro sólo por fuerza de la costumbre y por convención, pero en realidad no es así. Lo que realmente existe es el *presente del pasado*, pues el pasado lo evocamos siempre con la referencia del presente; y el *presente del futuro*, porque gracias a la esperanza y la expectación podemos hacer de alguna manera ya presentes las cosas futuras. Como dice San Agustín: "Hay tres cosas que existen de algún modo en el alma, y fuera de ella no veo que existan: presente de cosas pasadas (la memoria), presente de cosas presentes (visión) y presente de cosas futuras (expectación)"¹⁰. En concordancia con estas ideas agustinianas, el filósofo italiano Francesco Russo afirma que "un hombre sin pasado sería un hombre sin raíces y desorientado. El vínculo entre pasado y futuro, entre memoria y esperanza está subrayado con claridad en las *Confesiones*, donde se afirma que la memoria me permite vivir el pasado en el presente y edificar en el presente los proyectos y las esperanzas del futuro (cfr. *Confesiones* X, 8, 14)"¹¹. Así, podemos decir que el presente es uno, pero existe en tensión entre el pasado y el futuro.

Esta tensión es superada por el alma, gracias a la cual se da la distensión de los tiempos, y así percibe en el presente el pasado a través de la memoria, y el futuro a través de la expectación¹².

Agustín lo expresa gráficamente con un ejemplo bastante ilustrativo:

9 *Ibid.*, XI, 20, 26.

10 *Ibid.*

11 Francesco Russo: "Eredità e speranza. Il futuro e il passato nell'esistenza umana", pp. 55-63, *Filosofia e insegnamento. Revista de Filosofia*, n° 18, Roma, 2001. Cfr. también: Francesco Russo: *La persona umana*, Roma, Armando, 2000, pp. 109-116. Una visión que enlaza el tema en San Agustín con la visión de Kierkegaard puede verse en: M. Mangiagalli: "Il tempo dell'autenticità", pp. 69-86, *Sapienza*, n° 53, Roma, 2000.

12 Un desarrollo de este aspecto puede verse en: Luigi Alici: "La funzione della distentio nella dottrina agostiniana del tempo", pp. 325-345, *Augustinianum*, n° 15, Roma, 1975.

Supongamos que voy a recitar un canto sabido de mí. Antes de comenzar, mi expectación se extiende a todo él, mas en comenzándole, cuanto voy quitando de ella para el pasado, tanto a su vez se extiende en la memoria y se distiende la vida de ésta mi acción en la memoria, por lo ya dicho, y en la expectación, por lo que he de decir. Sin embargo, mi atención es presente, y por ella pasa lo que era futuro para hacerse pretérito. Lo cual, cuanto más se verifica, tanto más, abreviada la expectación, se alarga la memoria, hasta que se consume toda la expectación, cuando, terminada toda aquella acción, pasare a la memoria¹³.

En el presentarse del canto, voy uniendo en el presente del recitarlo lo que se ha recitado y lo que se recitará, y sólo así se le puede dar unidad al mismo. De modo análogo, podemos dar en nuestra alma unidad al tiempo, gracias a la síntesis de pasado y futuro en el presente. Por eso, el alma es factor de unidad del tiempo: gracias a ella se da unidad a la experiencia temporal, y esto es posible sólo en el presente.

Vemos así que en el pensamiento de San Agustín está expresado de modo sugerente cómo el alma sintetiza en una unidad el pasado, el presente y el futuro del tiempo. El alma es pues unificadora de lo extenso, pues lo distiende, como dice Ricoeur: "El frágil ejemplo del *canticus* recitado de memoria se convierte de pronto, hacia el final de la investigación, en un paradigma poderoso para otras acciones en las que el espíritu, al extenderse, sufre distensión"¹⁴. Con esto, el alma, a través de la memoria del pasado y la espera del futuro, vive el presente como síntesis de estos dos tiempos. El recuerdo y la esperanza se convierten en visos existenciales que llenan de contenido el presente, dándole un sentido profundo.

Otro aspecto a tener en consideración es la cuestión del tiempo objetivamente existente, independientemente del alma que lo mide. Ya Aristóteles la había planteado, sin dar una solución definitiva. La actual interpretación de Robert Gahl en su artículo "¿Qué hora

13 *Op. cit.*, *Confesiones*, XI, 28, 38. Ricoeur califica este texto como la joya del tesoro de esta parte de las *Confesiones*, y afirma que este ejemplo "señala el punto de articulación de la teoría de la *distentio* con la del triple presente": Paul Ricoeur: *Tiempo y narración*, t. 1, Madrid, Cristiandad, 1987, p. 65. Luigi Alici elabora un examen de la interpretación de Ricoeur en: "Temporalità e memoria nelle Confesiones. L'interpretazione di Paul Ricoeur", pp. 5-19, *Augustinus*, n° 39, 1994. Cfr. también: F. Henriques: "A presença do Livro XI das Confissões em Temps et Récit de Paul Ricoeur", pp. 427-436, en: AA.VV.: *As Confissões de Santo Agostinho*, *Op. cit.*

14 Paul Ricoeur: *Tiempo y narración*, cit., pp. 67-68. Refiriéndose a la memoria, Fabro dice: "Como no sólo retenemos las imágenes sino que sabemos reconocer los objetos según una explícita referencia a las condiciones de tiempo de los mismos objetos, es necesario postular, más allá de la fantasía, una actividad que aprehenda el tiempo, y ésta es la memoria": Cornelio Fabro, *Percepción y pensamiento*, Pamplona, Eunsa, 1985, p. 45.

era cuando Adán fue creado?"¹⁵, hace ver que según San Agustín el tiempo existía antes de la existencia del primer hombre, sin dejar de tener en cuenta que es el alma del hombre la que mide los tiempos. En debate con Roland Teske¹⁶, Gahl aboga a favor del valor propio del tiempo-medida antes de la creación del primer hombre, sin tener por qué hacer decir a San Agustín que era necesario introducir la plotiniana "Alma del mundo", para hablar de una medida del movimiento anterior al hombre. Según Gahl, no hace falta postular un alma del mundo que mida el tiempo entre el inicio de la producción de las cosas y la creación del hombre. Para esto basta con el intelecto humano, que mide el movimiento según el antes y el después también del pasado. Además, la visión agustiniana nos dice que hubo tiempo cuando aún no estaba el hombre¹⁷, lo cual está de acuerdo con el principio de que ningún cuerpo es movido si no es en el tiempo¹⁸. El hecho de que haya habido tiempo antes de la creación de Adán se corrobora con la idea de que gracias a la distensión del alma humana, el hombre ha sabido abarcar dentro de su historia temporal el tiempo que hubo antes de su venida al mundo¹⁹, y por tanto el tiempo que hubo antes de Adán no deja de ser medido por el alma del hombre. Efectivamente, la medida que lleva a cabo el alma es siempre de tiempos pasados o de tiempos futuros posibles o ideales. En síntesis, podemos decir que sin el alma no hay tiempo como medida, pero sí hay tiempo como flujo medible.

Por otra parte, el libro XI de las *Confesiones* aborda también el tema de la eternidad divina, que es concebida como un eterno presente, donde no hay ni pasado ni futuro. Todos los tiempos están siempre presentes a Dios, porque Dios no es antes ni después de los tiempos, sino que, estando por encima del tiempo, los abarca a todos en su presente eterno. Como dice San Agustín: "Ni tú precedes temporalmente a los tiempos: de otro modo no precederías a todos los tiempos. Mas precedes a todos los pretéritos por la celsi-

15 Robert Gahl: "Time in Augustine and Aquinas: What Time it Was when Adam Was Created?", en curso de publicación.

16 Cfr. Roland J. Teske: *Paradoxes of Time in Saint Augustine, The Aquinas Lecture*, Milwaukee, Marquette University Press, 1996; Roland J. Teske: "The World-Soul and Time in Saint Augustine", pp. 75-92, *Augustinian Studies*, n° 14, 1983.

17 Cfr. San Agustín: *De Civitate Dei*, XII, 16.

18 Cfr. San Agustín: *Confesiones*, XI, 24, 31.

19 Cfr. Robert Gahl: "Time in Augustine and Aquinas", art. cit., p. 5: "Therefore, even if there were no soul prior to the creation of Adam, and Augustine gives us no reason to believe that at the end of his life he held that there was such a soul, there would, nonetheless, have been time insofar as the events prior to the creation of Adam can be embraced by the distension of souls which were subsequently created".

tud de tu eternidad, siempre presente; y superas todos los futuros, porque son futuros, y cuando vengan serán pretéritos²⁰. El tiempo lo percibimos por los cambios que hay en nosotros; pero Dios no cambia porque es eterno, y permanece siempre el mismo:

Tú, en cambio, eres el mismo, y tus años no mueren. Tus años ni van ni vienen, al contrario de estos nuestros, que van y vienen, para que todos sean. Tus años existen todos juntos, porque existen; ni son excluidos los que van por los que vienen, porque no pasan; mas los nuestros todos llegan a ser cuando ninguno de ellos exista ya. Tus años son un día, y tu día no es un cada día, sino un hoy, porque tu hoy no cede el paso al mañana ni sucede al día de ayer. Tu hoy es la eternidad; por eso engendraste coeterno a ti a aquel a quien dijiste: Yo te he engendrado hoy. Tú hiciste todos los tiempos, y tú eres antes de todos ellos; ni hubo un tiempo en que no había tiempo²¹.

En este pasaje hay dos elementos importantísimos que serán desarrollados por posteriores pensadores cristianos, de modo particular por Santo Tomás de Aquino: el eterno presente divino y la inmutabilidad de Dios. La vida de Dios es un hoy perpetuo, un presente eterno e inmutable. Por eso Agustín dice que los "años" de Dios son todos juntos, pues en ellos no hay sucesión, sino una eternidad siempre presente, que es como una simultaneidad total. Esto lo expresa el Obispo de Hipona como corolario al final del libro XI de las *Confesiones*, donde subraya el eterno y perfecto conocimiento divino del pasado y el futuro como un presente simultáneo: Dios no conoce las cosas como las conocemos nosotros (como pasadas o futuras), sino que todo lo ve, en su incommutable eternidad, como presente. Este presente permanece inmutable desde el principio, como dice Agustín en diálogo con el Creador: "pues así como conociste desde el principio el cielo y la tierra sin variedad de tu conocimiento, así hiciste en el principio el cielo y la tierra sin distinción de tu acción"²². En San Agustín el tiempo fue creado con el mundo, y por tanto toda categoría temporal es impropia cuando se pretende reconocer un "antes" del mundo²³. Por eso, la eternidad divina permanece totalmente trascendente a la temporalidad creada²⁴.

20 *Op. cit.*, *Confesiones*, XI, 13, 16.

21 *Ibid.* Las cursivas son nuestras.

22 San Agustín: *Confesiones*, XI, 31, 41.

23 Cfr. Luigi Alici: "Temporalità e memoria nelle Confesiones. L'interpretazione di Paul Ricoeur", p. 11, *Augustinus*, n° 39, 1994.

24 En el pensamiento de San Agustín están presentes también algunos rasgos neoplatónicos, en cuanto el tiempo aparece como un signo o un vestigio de la eternidad: cfr. San

Sin embargo, el tema de la eternidad supera el ámbito de la razón y entra en el ámbito del misterio. Quizá por eso en estos pasajes Agustín recurre a elementos poéticos y literarios, que no ocultan, sino más bien muestran el profundo contenido existencial que caracteriza el discurso de las *Confesiones*. Pero podemos sacar una conclusión clara que emerge de la perspectiva agustiniana, y es que el tiempo más perfecto es el presente, pues es el que más se asemeja a la eternidad divina.

Para tener una más amplia perspectiva sobre el tema en el pensamiento de San Agustín, pasaremos ahora a estudiar la cuestión en una obra posterior, *La Ciudad de Dios*, donde se plantea también el problema cosmológico del tiempo, y donde se pone de manifiesto el problema metafísico de la eternidad divina.

3. Algunos aspectos del tiempo histórico y la eternidad en La Ciudad de Dios

Esta obra de San Agustín hace observaciones relevantes sobre el tiempo desde varios puntos de vista, donde está presente tanto el ámbito físico y cosmológico como la analogía con la eternidad divina. Sin embargo, su perspectiva central es la histórica. Veremos aquí sólo ciertos rasgos, centrándonos en esta óptica histórica.

San Agustín critica las visiones que conciben el mundo como eterno, y de igual modo a los que conciben innumerables mundos²⁵. El Obispo de Hipona concibe la historia de un modo lineal, y rebate la idea del mundo cíclico, en el que se dan ciclos eternos que se repiten sin cesar²⁶. La historia tiene un carácter lineal, que vamos haciendo nosotros con nuestra libertad. Los hechos de la historia son únicos e irrepetibles. Esto lo vincula Agustín con el hecho de que Dios ha intervenido en la historia. Por ello la historia llega a ser historia de la salvación, y tiene su cénit en Cristo, el

Agustín: *De Genesi ad Litteram*, XIII, 38. En otro lugar, el obispo de Hipona señala que "la vicisitud de los tiempos que se suceden (...) es cierta imitación de la eternidad": San Agustín: *In Psalmos*, 9, 7 (PL 36, 120, 7).

25 Cfr. San Agustín: *De Civitate Dei*, XII, 10-11. Edición bilingüe latín-español, Madrid, BAC, 1988. Cfr. también: Luigi Alici: "Tempo e creazione in Agostino", pp. 52-69, en: Luigi Ruggiu (ed.): *Filosofía del tempo*, Milán, Mondadori, 1998.

26 *Ibid.*, XII, 13.

cual "sólo ha muerto una vez por nuestros pecados, y resucitado de entre los muertos ya no muere más"²⁷.

Esta visión lineal reclama un inicio temporal del mundo y del género humano. Para Agustín, la creación fue fruto de la libre acción divina, y no de una improvisada decisión divina o de una voluntad variable. Pero el sentido último de la creación permanece para nosotros como un misterio: "Ya es un misterio bastante profundo el que Dios haya existido siempre, y, sin haber creado jamás al hombre, decida su creación a partir de un momento dado, sin cambio de decisión en su voluntad"²⁸. Este texto necesita una aclaración: no se puede decir propiamente que Dios "decida su creación a partir de un momento dado", porque ese momento dado no es tal para Dios, sino que es intramundano. Esto permite superar la idea de la eternidad del mundo. En efecto, San Agustín distingue dos posiciones diversas entre los que proponen la eternidad del mundo: la de los "ateos impíos", que afirman un mundo eterno sin inicio, pero que no fue creado por Dios (con estos no se puede dialogar, porque se oponen a la fe y a la razón); y la de quienes afirman que Dios es el autor del mundo, pero este no tuvo un inicio temporal, sino que simplemente depende de Dios en su ser²⁹. Contra ambos Agustín defiende el inicio temporal del mundo, apoyado sobre todo en la fe. El santo Obispo argumenta que carece de sentido preguntarse si "hubo un tiempo en que no existía un tiempo"³⁰, ya que el mismo planteamiento presenta una contradicción que lo hace absurdo, precisamente porque antes del tiempo no hubo tiempo. El tiempo no es eterno ni como sucesión infinita hacia el pasado ni como co-eterno con Dios: el tiempo no puede ser co-eterno con la eternidad inmutable, porque "se sucede gracias a la mutabilidad"³¹.

Dirigiendo ahora nuestra atención a la naturaleza íntima de Dios, según Agustín no se puede pensar que Dios haya estado inactivo antes de crear al mundo, y que cuando lo creó, cesó su inactividad, porque esto sería pensar a Dios desde nuestros términos temporales. Además, "nuestra fe no nos permite creer en Dios en

27 *Ibid.* Cfr. G. Baget Bozzo: "La teología de la historia en la Ciudad de Dios", pp. 31-80, *Augustinus*, n° 36, 1990; D. Marafioti: "La storia tra il tempo e l'eternità. Il contesto del 'De civitate Dei' di sant'Agostino", pp. 217-234, en: A. Casalegno (ed.): *Tempo ed eternità*, Milán, San Paolo, 2002.

28 *Ibid.*, XII, 14.

29 *Ibid.*, XI, 4, 2. Cfr. también: Luigi Alici: *Tempo e creazione in Agostino*, art. cit., pp. 56-57.

30 *Ibid.*, XII, 15, 2.

31 *Ibid.*

estado distinto cuando está en reposo de cuando está operando. Ni siquiera se puede decir que haya en Dios tal o cual estado, como si en su naturaleza sucediera algún cambio³², porque Dios es siempre el mismo y no cambia (es inmutable). San Agustín prosigue diciendo que “en Dios no se dio una voluntad precedente cambiada o anulada por la subsiguiente, sino que con una misma eterna e inmutable voluntad hizo que en la creación no existieran los seres que aún no tenían existencia, y, luego, que existieran los que comenzaron a tenerla”³³. La voluntad de Dios, como su ciencia y su ser, es eterna e inmutable, porque siempre ha poseído del mismo modo perfectísimo el ser pleno. En cambio, las criaturas, habiendo comenzado a existir, viven y se desarrollan en el tiempo sucesivo.

San Agustín también escribió acerca del conocimiento divino de los futuros contingentes³⁴, y en muchos pasajes se pueden encontrar interesantes discursos acerca de la eternidad divina. Pero su visión sobre el tema es esencialmente histórica, y está muy presente en ella el ámbito antropológico. De hecho, el hombre según Agustín es un ser histórico por naturaleza, y es él la fuente de la historia. La historia es fruto de la libertad humana, que actúa en concurso con la providencia divina. De esta sugerente y original óptica trataremos en lo que sigue, como reflexión personal, consecuencia del planteamiento agustiniano.

4. El hombre como ser histórico

A partir de lo tratado hasta ahora podemos afirmar que San Agustín es quizá uno de los pocos teólogos medievales en los que el aspecto histórico del hombre, desde una visión histórico-antropológica, es tratado de manera explícita.

Según el Obispo de Hipona, el carácter histórico del hombre se plantea en íntima correspondencia con el ámbito de la libertad humana y con el carácter *relacionable* del hombre: sus acciones no se quedan en el ámbito individual, sino que trascienden hacia las demás personas, pues el hombre es esencialmente un ser en relación con los otros. Este aspecto relacionable del hombre descubre la esfera social del tiempo histórico, que tiene su razón última en que todos los hombres participamos de una misma naturaleza.

32 *Ibid.*, XII, 17, 2.

33 *Ibid.*

34 Cfr. por ejemplo: San Agustín, *Contra Faustum*, XXVI, 4-5.

Por otra parte, la unidad del género humano se lleva a cabo en el tiempo, a través de la descendencia, y así todos los hombres participamos de una misma naturaleza a través del tiempo³⁵. Es tan estrecha la unidad de la naturaleza humana, que para San Agustín no solamente hemos heredado las bondades de esta naturaleza, sino también los aspectos negativos, entre los que resalta el pecado original, que se transmite a todos los hombres, de generación en generación.

En cuanto ser comunitario y ser histórico, el hombre va desarrollándose y avanza a través del tiempo. El tiempo histórico agustiniano, a diferencia de la perspectiva griega, adopta como ya hemos dicho un modelo lineal: la historia tiene un principio y un final. Aristóteles y los griegos antiguos sostenían que el tiempo era eterno, y que la historia tenía un carácter circular y cíclico. En cambio, el Obispo de Hipona sostiene que el tiempo tuvo su origen en el Dios eterno y tendrá su fin con la consumación de los siglos, cuando venga Cristo a juzgar al mundo.

San Agustín abandona así el modelo del tiempo circular, que se repite constante y eternamente. En su visión lineal del tiempo, el presente en sucesión está abierto a la *novitas essendi* (novedad en el ser) que le presenta el futuro. Al tratar este tema, el filósofo español Leonardo Polo resalta el talante original del cristianismo sobre la idea de Historia: "La Historia es una idea netamente cristiana. La idea de Historia se distingue de la de cosmos. Lo característico de la idea de Historia es su signo direccional, que rebasa radicalmente el carácter cerrado propio de la idea de cosmos. La Historia es el ámbito en el que tienen lugar novedades radicales. Los acontecimientos históricos son aquellos en los que se concreta el carácter 'ex novo' con mayor intensidad"³⁶.

La estrecha relación entre pasado, presente y futuro que desarrolla San Agustín deja ver que el tiempo sucesivo es de tal naturaleza que el presente viene determinado por el pasado que le precede, el cual no puede cambiar en cuanto pasado, y va abriéndose al futuro, imprimiéndole una dirección³⁷. El hombre, en cuanto

35 Cfr. Marcello Bordoni: "Aspetti storici del tempo umano", pp. 68-69, *Aquinas*, n° 8, Roma, 1965.

36 Leonardo Polo: *Presente y futuro del hombre*, Madrid, Rialp, 1993, p. 142.

37 Cfr. Robert Gahl: "Ética narrativa e conoscenza di Dio", pp. 192-193, en: Luis Romera (ed.): *Dio e il senso dell'esistenza umana*, Roma, Armando, 1999: "In accordo con Aristotele e Agostino (e contro Freud), considero il tempo come essenzialmente lineare e unidirezionale: ogni momento è irripetibile, solo il presente è vissuto. Il passato rimane nel passato e non

ser libre, es capaz de imprimir una dirección a la historia, pues el hombre obra siempre por un fin. De este modo, el ámbito histórico del hombre conlleva de por sí una finalidad y una direccionalidad. El tiempo del hombre es histórico porque no se reduce a hechos aislados sin conexión, sino que los hechos temporales vividos por él están conectados causalmente unos con otros, y además asumen un carácter único irrepetible, no solamente por el valor existencial del hecho sucedido, sino porque el hombre posee en cuanto tal unas cualidades morales que se expresan en esos hechos. Por eso, la libertad, la discontinuidad, la imprevisibilidad y la irreversibilidad son notas características de este particular concepto de tiempo histórico³⁸.

Por otra parte, la apertura al futuro contingente, que manifiesta el carácter libre del hombre, es de tal envergadura que llega a ser incluso apertura a la eternidad. El hombre tiene el futuro en sus manos, con múltiples posibilidades, que serán determinadas por su actuación. El presente del hombre va constantemente determinando un futuro que se presentaba como indeterminado, como posible. Esta indeterminabilidad y posibilidad del futuro tienen su razón principal en la libertad del hombre, porque el hombre puede darle a su futuro la dirección que quiera, siempre dentro de unas posibilidades limitadas, ya que la libertad del hombre no es absoluta, sino donada. Así pues, el hombre es dueño de su propio destino, y lo va construyendo con su vida.

El tema del tiempo histórico del hombre se vincula con el de la providencia divina. De hecho, Agustín concibe la providencia divina como una patente intervención de Dios en la historia del hombre. Lo que quiere dejar claro nuestro autor con la idea de Providencia es el control total que tiene Dios sobre la historia, de modo que nada escapa de sus manos. Su actuación en la historia es manifiesta. En efecto, fue Dios quien "dio a los romanos la soberanía cuando Él quiso y en la medida en que Él quiso; Él quien la dio a los asirios y también a los persas (...). Esto por no citar

può essere modificato (...). Ciò che è successivo viene determinato da ciò che lo precede, e viceversa". Para un estudio epistemológico y ontológico del *status* del pasado, desde el punto de vista de la historia "hecha", cfr. Paul Ricoeur: "Le marque du passé", pp. 7-31, *Revue de Métaphysique et de Morale*, n° 103, 1998. Ricoeur reflexiona en este artículo sobre la memoria como re-presentación del pasado histórico, que enriquece la misma historia presente. También Bordoni hace algunas consideraciones interesantes, en las que deja ver que la orientación impresa al tiempo por el hombre es fruto de sus elecciones personales y libres, con las cuales atrae el mundo del cosmos material hacia la esfera del espíritu: cfr. Marcello Bordoni: "Aspetti storici del tempo umano", art. cit., p. 54.

38 Cfr. Marcello Bordoni: "Aspetti storici del tempo umano", art. cit., p. 55.

al pueblo hebreo³⁹. Esta idea está expresada de modo bastante claro cuando afirma que “todos estos avatares de la Historia es, sin lugar a dudas, el Dios único y verdadero quien los regula y gobierna, según le place. Quizá los motivos sean ocultos. Pero ¿serán por ello menos justos?”⁴⁰. Por ello, cuando algo no sale según los planes que nos hemos trazado, debemos acoplarnos a los planes divinos, pues Dios tiene una visión infinitamente más amplia que la nuestra, y conoce qué es lo que más nos conviene. Queda así resuelto el problema del fatalismo griego, que introdujo la noción de *sino* para plantear un destino trágico del que no podemos escapar. Pero para llegar a esta solución Agustín ha debido echar mano de la verdad revelada, pues la sola razón natural no podía resolver la cuestión del destino último del hombre, ni del cómo de la intervención divina en el mismo.

5. Conclusiones

A partir de lo que hemos tratado, podemos afirmar que para San Agustín el hombre es un ser esencialmente histórico, un ser en el cual su pasado ha determinado el presente. Es un ser que recuerda desde el presente y se proyecta hacia el futuro. Según el santo Obispo el hombre vive el propio presente siempre con relación a la memoria⁴¹. El hombre necesita conocer su pasado, su historia personal, y proyectarse hacia el futuro. Pero esto siempre se deberá hacer desde el presente, de modo que el tiempo que realmente existe es el presente de las cosas pasadas (vivido como memoria) y el presente de las cosas futuras (vivido como esperanza). A través de este presente de las cosas pasadas, el hombre muchas veces se tendrá que enfrentar consigo mismo, con el fin de corregir rumbos errados o –dicho en términos ascéticos– purificar su memoria. La purificación de la memoria, término empleado por Juan Pablo II con ocasión del Jubileo del año 2000 para referirse a la petición de perdón de los errores y pecados de los hijos de la Iglesia durante la historia, no sólo es aplicable a los hechos de la historia de la humanidad, sino también a la historia personal de

39 San Agustín: *De Civitate Dei*, V, 21.

40 *Ibid.*

41 Es muy importante resaltar el carácter esencial de la memoria para la experiencia histórica y para ser conscientes de la identidad presente. “La memoria del passato contribuisce alla coscienza della nostra identità”: Juan José Sanguineti: *Tempo e Universo*, Roma, Armando, 2000, p. 180.

cada uno⁴². Esto lo trata San Agustín con una profundidad singular, principalmente en su obra *La Ciudad de Dios*, pero también en las *Confesiones*, donde el santo confiesa sus errores y pecados con el fin de que sean purificados.

El tratamiento del tiempo por parte del Obispo de Hipona llega hasta el ámbito histórico. Este tiempo histórico agustiniano tiene un ámbito social: es el tiempo de los hombres, que son seres sociales, en el que las acciones de uno siempre repercuten en los otros. Además de la esfera social del tiempo histórico, podemos hablar de un ámbito trascendente, en cuanto el tiempo vivido por el ser humano es un tiempo que trasciende el ámbito meramente físico.

El tiempo es importante porque existe el hombre para vivirlo. De hecho, los miles de años de vida del hombre sobre la Tierra (unos 150 ó 200 mil, según los entendidos) son más importantes que los miles de millones de años que precedieron su llegada. La singularidad del tiempo histórico humano, al que San Agustín da una dimensión vertical, tiene que ver con la intervención de Dios en ese tiempo, de modo que la historia humana, guiada por la providencia de Dios, llega a convertirse en historia de la salvación. San Agustín defiende la concepción de un mundo con inicio temporal, lo que según él tiene un sentido más profundo que si se concibe un mundo existente desde siempre. Con esta concepción da un valor peculiar a una historia auténtica, que por el hecho de ser lineal y abierta al futuro contingente, puede convertirse en *historia de la salvación*, por la intervención en ella del Dios creador.

Hemos visto también que para el Obispo de Hipona los actos libres del hombre son fuente de novedad para la historia. Y como los actos humanos siempre tienen una incidencia sobre el resto de los hombres (dado el carácter social del hombre), la historia personal de cada hombre, consecuencia de su libertad, es condicionante de la historia de la humanidad en cuanto comunidad de hombres. Es justamente el uso que hace el hombre de su libertad la fuente de sus méritos, los cuales, en un misterioso concurso con la gracia divina, decidirán la suerte eterna de cada hombre para la vida futura, y modificarán –para bien o para mal– el curso de la historia.

42 La historia de la humanidad no puede desligarse de la historia personal de cada uno, y en este sentido, dice J. Guitton: "L'histoire objective est un idéal, mais l'histoire impersonnelle est un mythe, et elle serait vraiment inhumaine": Jean Guitton: *Le Temps et l'Éternité chez Plotin et Saint Augustin*, París, Boivin et Cie, 1933, p. XIV.

Por otra parte, San Agustín sostiene que la historia presente se dirige a su fin, que es Dios. La historia que se vive del lado de la fe conduce a la paz perfecta. Para Aurelio Agustín puede haber en este mundo una paz aparente, que es la ausencia de guerras, pero la paz verdadera sólo la podemos alcanzar aquí si permanecemos "al lado de Dios por la fe"⁴³. Esta paz se hará perfecta en la eternidad, por "visión directa"⁴⁴ del Creador. La historia humana se dirige a la plenitud de la vida bienaventurada, donde se alcanzará la paz desde todo punto de vista: "en aquella paz final, hacia donde debe tender y por la que hay que conseguir esta santidad, nuestra naturaleza, recuperada su integridad por la inmortalidad y la incorrupción, no tendrá inclinaciones viciosas; nada se enfrentará contra nadie, ni por parte de sí mismo ni de algún otro, y no será necesario que la razón tenga sometida bajo su control a las inclinaciones viciosas -que ya habrán desaparecido-"⁴⁵.

Por último, queremos destacar la idea agustiniana de Providencia: Dios lo tiene todo previsto, y provee a la historia según su voluntad, de modo que su omnipotencia y omnipresencia alcanzan a todos los acontecimientos, y nada escapa de sus manos. Dios dirige la historia con su providencia, en un concurso misterioso con la libertad humana. Aún teniendo en cuenta que el hombre es libre y puede fallar, Dios no pierde el control del mundo y de la historia.

43 San Agustín: *De Civitate Dei*, XIX, 27.

44 *Ibid.*

45 *Ibid.*